

PENA DE EXTRAÑAMIENTO

00017-8876



Pena de extrañamiento recoge poemas escritos desde 1973 en adelante y que -en distintos registros del extrañamiento, desde el destierro hasta la alienación- no hacen sino confirmar el carácter protagónico -o agónico- que ha tenido Enrique Lihn en la cultura alternativa de esta república. En este sentido, resulta figura imprescindible -que de lo contrario brillaría por su ausencia- en cualquier panorama de la cultura disidente que no se deje guiar sólo por el reconocimiento oficial o por decisiones de la burocracia cultural de la oposición semitolerada.

El conjunto de textos reunido o acumulado provisoriamente en este volumen, no pretende constituir un nuevo momento, en la escritura que Enrique Lihn produce desde hace más de un decenio. Por el contrario, se entrelaza con textos ya publicados o mantenidos en la reserva en espera de la ocasión propicia -que acaso no se dé nunca- y se añade a un tejido de signos que, con densidad contingentemente desigual, va trazando, haciendo y deshaciendo, las figuras de lo que es y más bien, últimamente, *pudo ser* en esta vida que no es un sueño y tampoco una pesadilla de la que basta, en actitud pasiva, despertar.

Escenario de los desplazamientos de esta escritura -y de su sujeto que indaga, pero más bien se deja arrastrar por ella, se hace también enunciada, búsqueda impersonal de la verdad- es la ciudad, mejor dicho, ciertas ciudades del desarrollo: una, reiterada, Nueva York y otra, en las antípodas, privilegiada en su desgracia actual, Santiago de Chile. Es, por cierto, el punto de vista, el lugar inexcusable del origen y la (de)formación, el que conduce al protagonista a los lugares en que se reúne su gracia y su desgracia, el centro y la periferia de los tiempos -tiempos modernos- en los que no se le ofrece realización.

Es en el sentido del viaje -en la búsqueda de sentido que es el viaje- que se puede advertir un desarrollo o, más precavidamente, un cambio en la poesía de Enrique Lihn. Hasta cierto momento -no olvidemos que los hilos del tejido se entrelazan desde los orígenes de esta escritura- su "poesía de paso" procuraba encontrar en otros lugares el lugar de la felicidad, el lugar del conocimiento y, sobre todo, la realización o fusión (vista desde ahora: confusión) amorosa. Su sensación -casi su deseo de desarraigo- quería ser la condición de su arraigo en otra parte, en parte descubierta, en parte construida por él y *otros como él*. El poeta -junto a la desacralización de su oficio- llevaba marcadas las huellas, más modernas, de su soledad y falta de lugar en el mundo. Eran signos de prestigio en una sociedad en que el existencialismo y el marxismo, rehabili-

tados mutuamente en su combinación, -estaban a punto de ser realistas y pedir lo imposible: una revolución anticipada en la metrópoli (1968). Demás está decir que, también para el poeta, no apareció ni el hada madrina ni la praxis política que tuvieran la virtud de abrir brechas hacia la comunión, a estas alturas, cualquier comunión, en la "pared en que cada día del tiempo se une". No creo que ésta sea la ocasión de indagar en qué medida el sujeto de esta escritura -el que enuncia y el que se denuncia en su representación- o las "condiciones objetivas", o ambos a la vez, están en la base del fracaso de hacer realidad el deseo. El desarrollo de su escritura le muestra, dolorosamente, que la psique no se limita, al yo conciente y que el sujeto arrastra en su huida -desde "el eriazó remoto y presuntuoso"- más de lo que supone o percibe al mirarse en el espejo y en el espejo de la conciencia. Depende más de lo que cree -de lo que creemos- de la periferia dependiente.

La práctica poética de Enrique Lihn es desde temprano -desde *La pieza oscura*- una búsqueda de conocimiento de sí mismo, de su complejidad abisal y de la apariencia desordenada e inabarcable del exterior, en que también están los otros. Simultánea y sucesivamente, esta búsqueda es una terapia, una compensación imaginaria para sí mismo y para los demás, aunque el poeta, responsable al fin, no responda por daños y perjuicios. En este sentido doble, su búsqueda lo ha conducido ahora a un cambio -preparado, creo *A partir de Manhattan*- que podemos alegorizar de nuevo en un viaje, transformado en rito o casi, desde la periferia a la metrópoli y viceversa.



La metrópoli es ahora el lugar -diseminado en múltiples lugares- en que aparecen potenciadas, exageradas hasta la apoteosis, las miserias y esplendores de la vida moderna. También el esplendor de la miseria, desarrollada, se entiende. La metrópoli está vista por el poeta como un vasto campo en ruinas o, por lo menos, en proceso de desmoronamiento, de lo ya realizado: la modernidad y sus consecuencias, para él, visibles y vivibles. En aparente paradoja -mejor dicho-, en una versión mediatizada de otra manera e ideologizada: descontaminada, desinfectada, separada de las alienaciones que parecen intrínsecas a su desarrollo, reducida a pura apariencia de felicidad y progreso indefinido: the american way of life- esta misma metrópoli sirve de modelo para nuestro futuro a quienes promueven un imposible progreso social en una economía de libre mercado y bajo un gobierno autoritario. Anticipo ejemplar de este futuro ya inexistente era -entre otras mejoras edilicias en las que aún circulan nativos de clase alta disfrazados de ciudadanos de un país desarrollado- el Paseo Ahumada, de que también han tratado textos anteriores de Lihn: "trabajadores de la prostitución, eso era todo... y los primeros retoños de la mendicidad establecida".

La realidad de "Alicia en el país de las maravillas" -bien lo sabemos- es otra: "Los anónimos de siempre disparan en la noche / a la que no se puede entrar de la que no se puede salir... los leones mismos se pervertirían si tuvieran como ellos la exclusividad de la selva".

Ahora bien, en el contraste reiterado entre el fracaso de ciudad -de espacio social humanamente inhabitable- que es Nueva York y la ciudad del fracaso -triste privilegio que ha obtenido Santiago y Chile entero-, en su fricción, contraste, complementariedad, es que se ha generado, en esta escritura y su sujeto, la liberación del deseo y sus objetos. Quiero decir, su liberación de la exigencia perentoria, inmediata, de hacerse realidad, un proyecto social y del individuo fuertemente obstruido en las sociedades actuales, desarrolladas o no. No es ahora el fracaso de su realización, sino el despliegue moroso del deseo, de sus fantasmas, el que ocupa predominantemente la escritura de Lihn. Este desplazamiento alcanza -por contradictorio que este reúne- a darle un contenido casi positivo a su poesía. Que ella, además, utilice los canales indirectos -y los materiales- del discurso censurado y autocensurado es, me parece, un indicio más de su presencia protagónica en la cultura alternativa de nuestro país.

Federico Schopf.